

Nico y Minos

por M^a Victoria Moreno

Nico, que en realidad se llamaba Nicomedes, era un perro grande, negro, peludo, tranquilo y goloso. Tenía los ojos amarillos y tristes y, sobre los ojos, en la frente, una estrella blanca.

Minos, que en realidad se llamaba Correcaminos, era un perrito pequeño, blanco, pelón, inquieto y de mal comer. Tenía los ojos negros y alegres y, por todo el cuerpo, manchitas marrones, como gotas de café con leche.

Nico había vivido mucho tiempo en una casa grande, estaba acostumbrado al collar y a la cadena y miraba a la gente como si fuese un mendigo.

Minos había nacido en la calle, estaba acostumbrado al sol y al frío, y miraba a la gente con picardía.

Nico y Minos se encontraron en la plaza del pueblo un día de lluvia. Los niños estrenaban paraguas y botas, los hombres llevaban sombrero y las mujeres se cobijaban en los soportales para hablar.

Al cabo de un rato empezó a cruzar la plaza una dama peripuesta,

zapatos de tacón alto,
paso corto, falda estrecha,
collares de vidrio fino
y sombrerito de seda.

También llevaba un paraguas que lucía una cabeza de gato en lugar de puño, con ojos, nariz y orejas.

Y la pobre de la señora resbaló en un charco, intentó mantener el equilibrio como si anduviese por un alambre, se le cayó el sombrero, voló el paraguas, se le soltaron las cuentas de los collares y, al fin, se cayó en plancha, como una nadadora.

Nico la miraba con tristeza. Minos se partía de risa. Nico fue a coger el sombrero para devolvérselo a su dueña. Minos se puso a jugar con las cuentas de los collares. A Nico le dieron un paraguazo para que soltase el sombrero. Minos se perdió entre la gente con una cuenta de vidrio que sonaba entre sus dientes como un cascabel.

Cuando, al cabo de un rato, ya no había en la plaza ni señora ni gente, ni paraguas ni sombrero, ni cuentas ni niños, Nico y Minos, juntos, se dirigieron hacia los arrabales de la ciudad para ver si encontraban algo que comer.

Iban callados, serios y de mal humor porque a Nico le parecía muy mal lo que había hecho Mi-



FRANCISCO MELÉNDEZ

nos y a Minos tampoco le parecía bien lo que había hecho Nico.

Al fin habló Nico, el perro grande:

—Debieras tener vergüenza de reírte y de alegrarte de las desgracias ajenas.

Minos, el perrito pequeño, miró al otro con cara de no entender nada. Le dijo:

—Mi querido compañero, yo no sé qué es la vergüenza y por eso no la tengo.

A Nico, el perro triste, no le pareció que Minos fuese un desver-

gonzado. Antes bien pensó que era un poco tonto, o ignorante, o algo por el estilo. Por eso le explicó:

—La vergüenza es la tristeza que sentimos cuando hacemos cosas que no están bien hechas.

A Minos, el perrito alegre, nadie le había dicho que estuviese mal reírse cuando daba la risa ni jugar con unas cuentas de vidrio que saltaban en el empedrado de la plaza como las gotas grandes y brillantes de la lluvia. Por eso respondió:

—¿Y, cuando viene la risa, hay que ponerse a pensar en tanta majadería?

Nico, el perro casero, se acordó de su collar y de su cadena, y quiso que Minos entendiese cómo eran las cosas de la vida:

—El mundo es de las personas y debemos respetar sus costumbres y sus normas.

Minos, el perrito libre, empezó a enfadarse porque no le hacía gracia que la vida tuviera que ser como decía Nico. Le contestó:

—¿Has dicho normas, amigo? No conozco esa palabra y no le encuentro sentido.

Con estas cosas y otras parecidas iban acercándose a los arrabales. De cuando en cuando, se paraban y pensaban. Nico, si creía que Minos estaba distraído, se lamía la herida que le habían hecho con el paraguas. Minos, si creía que Nico estaba distraído, hacía rodar su cuenta de vidrio por el suelo.

Pero Nico, el perro tranquilo, no dejaba su manía:

—¿Sabes tú, Correcaminos, que por no guardar las normas yo perdí casa y oficio?

Minos, el perrito inquieto, le replicó como un rayo:

—También sé que por guardarlas te dieron un paraguazo cuando menos lo esperabas.

Nico, el perro goloso, no tenía prisa por comer aquel día y le apetecía más ir andando despacito, al lado de Minos. Empezaba a sentir un poco de respeto por el perrito pequeño y se sentía en la necesidad de contarle algunas cosas:

—Yo guardaba bien la casa, pero me echaron mis amos porque de noche ladraba.

Minos, el perrito de mal comer, iba saltando por la hierba, con su cuenta de vidrio entre los dientes. Soñaba con un hueso para jugar primero un poco y después regalárselo al perro grande, que estaba herido y triste. Le dijo para animarlo:

—Eso que tú llamas normas es peor que una cadena que nos amarra y ahoga.

Nico bajó la cabeza. Minos sonrió. Y, de repente, el perro grande y casero y el perrito pequeño y libre se echaron a correr por la hierba, bajo un cielo grande, donde empezaba a brillar el sol.

Y no sé más de la historia de Nico y Correcaminos, los dos perros vagabundos que acabaron siendo amigos.